



**ÁLVARO DE
LAIGLESIA**

***Dios
le ampare,
imbécil***

Anunciar un nuevo libro de Álvaro de Laiglesia es ofrecer al lector una obra rebosante de gracia, rica de ingenio, saturada de buen humor. Álvaro de Laiglesia es autor favorito del público. Las ediciones de sus obras se agotan a poco de aparecer, se repiten y vuelven a agotarse.

Dios le ampare, imbécil, es un conjunto de divertidísimas novelas cortas, en las que el autor consigue estilos de humor totalmente distintos. "Rebelión en Nochebuena", por ejemplo, es una sátira política mezclada con una fuerte dosis de ternura. "El pobre hombre abominable" es un cuento delicioso que concluye con una gran sorpresa. "Esposa moderna" es una novela psicológica que caracteriza las costumbres matrimoniales contemporáneas. "No puedo vivir sin ti" es una novela dialogada llena de delicados matices. Y así en muchas historias más, a las que el célebre autor ha dado sorprendente variedad y dinamismo, ofreciendo un verdadero alarde de las infinitas posibilidades que tiene el humor. Cada tema requiere su diálogo y cada ambiente su ángulo propio para conseguir el objetivo de la sonrisa. Y es lo que plenamente logra Álvaro de Laiglesia, demostrando que no posee un estilo único, sino polifacético.

*Hay millares de amargados que sufren al verte sonreír,
y que te detienen en tu alegre paseo por la vida para
arrancarte con su amargura una gota de bilis. Pero no
hagas caso si alguno de ellos pretende interrumpirte
durante la lectura de este libro, y aléjale de ti diciendo
con voz caritativa: «Dios le ampare, imbécil».*

RABODEGATH TAMBORE.
(Pensador bastante indio)

Rebelión en Nochebuena

ESCUCHA, NIÑO: si en la escuela te pregunta el profesor cuál es la capital de Francia, contesta: «París». Si te pregunta cuál es la capital de España, contesta: «¿Cree usted que soy idiota?» Y si te pregunta cuál es la capital de Vulcania, contesta sin vacilar: «Begul».

No creo, sin embargo, que esto último te lo pregunten nunca, porque los maestros cobran poco y limitan sus enseñanzas geográficas a los países de primera magnitud. Pero existen muchas nacioncillas pequeñas como verrugas y graciosas como lunares, que viven adheridas al perfil de las grandes potencias sin que nadie repare en ellas. Son fajitas de tierra fronteriza que sobraron al firmar los armisticios; piezas del *puzzle* europeo que los beligerantes no aciertan a repartir a gusto de todos. En vista de lo cual, para evitar un nuevo conflicto, se crea en cada faja un principado independiente y asunto concluido.

¡Cuánto debe la literatura a estos principados diminutos, cuyo emplazamiento exacto no se puede precisar! ¡Cuántos escritores universales, en épocas de pluma encadenada, ambientaron en cualquiera de ellos sus historias para criticar por carambola las costumbres de sus patrias! ¡Cuántos nombres estrambóticos, en los que se ocultaba la clave de otros muchos más conocidos! Un imaginario príncipe Trolík, por ejemplo, era muchas veces el disfraz de un tirano auténtico. A través de falsas ciudades llamadas Marfú, o Kolaf, o Terping, se reconocían sin dificultad capitales concretas. Gracias a esta picardía, se dijeron muchas cosas cuando había que callar. Y el lector, que siempre busca cinco pies al gato, encontraba muchas veces seis o siete.

Vulcania, volviendo a mi historia, era dentro de su pequeñez el mayor de estos países microscópicos. Se llamaba así porque en el ombligo de su territorio se erguía un mo-

desto volcán; tan modesto que se llamaba Pipa, pues su cráter no era mucho mayor que la cazoleta de una cachimba. Hacía siglos que aquel volcán se apagó definitivamente a consecuencia de un chaparrón bastante fuertecito; pero el gobierno vulcano lo resucitaba periódicamente, cuando algún diplomático presentaba sus cartas credenciales, prendiendo en su interior algunos periódicos para simular una erupción. Entonces ascendía hacia el cielo una columnita de humo. Y los embajadores, alarmadísimos por el falso fenómeno, concedían a Vulcania cuantiosos donativos en divisas para socorrer a las víctimas que pudiera ocasionar el posible torrente de lava. Obtenido el obsequio monetario con tan astuta triquiñuela, el gobierno ordenaba apagar el volcán con un chorrito de agua y se gastaba el dinero en comilonas. Y los embajadores, aunque rabiosos por el engaño, no podían reclamar porque eran diplomáticos. Y ya se sabe que los diplomáticos, aunque les den cien patadas en la tripa, tienen que jeringarse y sonreír constantemente con gran finura.

En la falda del Pipa estaba Begul, capital de Vulcania, pequeña ciudad con tejados de pizarra, calles en cuesta y varios miles de habitantes. No cito la cifra exacta porque allí las noches eran aburridas y el censo aumentaba todos los meses.

En el centro de Begul, en una plaza redonda y antigua como una moneda, se alzaba el palacio del Príncipe Felip. ¿Necesito explicar al culto lector que Felip, en lengua vulcana, significa Felipe? Diez años hacía que este príncipe gobernaba el paísín con el beneplácito de todos sus súbditos, resolviendo sabiamente todas las pejugueras que se iban presentando. ¿Necesito explicar al culto lector que pejuguera, en lengua vulcana, significa lo mismo que aquí?

Se explica con facilidad la sabiduría de Felip, pues era un principote gordinflón. Y los gobernantes gruesos, como todo el mundo sabe, gobiernan muchísimo mejor que los delgados. No es ninguna novedad que la gordura suaviza

el carácter del hombre y le hace bonachón. Un príncipe de ciento veinte kilos, adormilado bajo los mullidos edredones de sus grasas, es siempre benévolo a la hora de juzgar y conduce a su pueblo con dulzura. Y Felip I, que pasaría a la Historia con el simpático remoquete de «el Gordo», ponía en su reinado mucha bondad y poca severidad.

Todos en aquel cacho de mapa amaban a su príncipe. Todos, menos uno: el capitán Voraz. Era este oficial un sujeto seco, de cutis oliváceo, con una vesícula biliar hipertrofiada que alcanzó con los años el volumen de un segundo hígado. Y si con un solo hígado existen hombres que no los aguanta ni su propia madre, imaginen ustedes quién podrá aguantar a un señor que tenga dos. Los soldados que mandaba, le temían por sus frecuentes ataques de cólera, durante los cuales era muy capaz de mandar un recluta al paredón. Claro que este castigo no era demasiado grave, porque en Vulcania no existía la pena de muerte; pero el recluta tenía que pasarse dos horas de espaldas, mirando aburrido el paredón, sin poder participar en las divertidas medias vueltas que daban sus compañeros. Lo cual no dejaba de ser un suplicio bastante grueso.

Voraz, por añadidura, era un militar muy belicoso, cualidad poco frecuente entre los oficiales de todos los ejércitos. Porque buena parte de los militares contemporáneos, al optar por la carrera castrense, se hacen este razonamiento: «Si hay guerra y no soy militar, me movilizarán de todos modos y tendré que ir a las trincheras de soldado raso. Siendo oficial, en cambio, siempre tendré alguna ventajilla. Y si no hay guerra y soy militar, viviré tan ricamente sin dar golpe». Pero el capitán llevaba la guerra en la masa de la sangre (suponiendo que la sangre tenga masa). Sus venas eran regueros de pólvora que conducían a su corazón, duro y negro como una bomba. Odiaba, por lo tanto, la paz blanducha en que vivía su país, y odiaba también al plácido Felip, que la sostenía entre abundantes almuerzos y laboriosas digestiones.

—La guerra es la gimnasia que mantiene ágiles a los pueblos —decía el oficial a sus compañeros de promoción en el cuarto de bandera. (En singular, sí, porque el ejército era chiquitín y con una sola bandera tenía suficiente).

Pero sus compañeros de promoción, que eran tranquilos y regordetes porque el único ejercicio que hacían era llevarse la mano a la gorra cuando pasaba el coronel, continuaban dormitando en las horas de guardia en espera del relevo.

Voraz, con estas cosas, estaba a punto de estallar de indignación. Para desfogarse un poco, cogía por las tardes el caballo más brioso del cuartel y galopaba furiosamente hasta la frontera. La frontera, afortunadamente para el caballo, estaba a media hora escasa de galope, incluido un descanso para que bebiera agua la cabalgadura y vino el cabalgador. Una vez allí, Voraz desmontaba para dedicarse a provocar incidentes fronterizos. Eran tales sus ansias de pelea, que pretendía mortificar todo lo posible al principado colindante para incitarle a declarar la guerra. Realizaba provocaciones variadísimas, capaces de sacar de quicio a un santo; unas veces sacaba gran parte de su larga lengua, puntiaguda y vercosa como la cola de un reptil, a los centinelas vecinos. Pero los centinelas vecinos, al ver aquella lengua tan sucia, creían que estaba enfermo y se limitaban a recetarle una purga. Otras veces paseaba pegado a la línea fronteriza —dibujada con pintura blanca sobre los prados verdes para mayor claridad—, y de cuando en cuando alargaba una bota deliberadamente para pisar la raya.

—¡Ha pisado la raya! —le gritaban los centinelas del otro lado palmoteando de alegría—. ¡Tendrá que pagar prenda!

Pero Voraz no sólo se negaba a pagar la prenda que estipula el Derecho Internacional para esta clase de infracciones limítrofes, sino que hacía ostentación de su negativa acompañándola de una fuerte risa sarcástica. (Nadie ignora que las risas sarcásticas son sumamente peligrosas en las

fronteras, pues son zonas que están siempre en carne viva. Y el ácido del sarcasmo las hiere como el chorro de clorhídrico los bordes de una herida).

Por fortuna, la nacionceja inmediata tenía la misma pachorra que Vulcania, y los pinchazos que propinaban las espuelas del capitán en sus ijares geográficos no la conmovían. Era una república de dimensiones algo más entecas, con contorno de riñoncito. Se llamaba Lagunia, para servirles, porque, en vez de un volcán, en el centro de su mapa tenía un lago. Un lago circular de escaso diámetro cuyas aguas, estancadas en él desde hacía siglos, se habían vuelto maravillosamente verdes. Su densidad no era tampoco la corriente, porque el tiempo y la quietud fueron espesando el líquido. Y tanto se espesó aquella agua tan antigua y tan verde, que fue cuajando toda ella en esmeraldas purísimas. Las había de todos los tamaños, posadas en el fondo como los cristales de salmuera en el vaso saturado. Y cuando el Ministro de Hacienda lagunés necesitaba dinero para pagar los gastos del Estadillo, echaba un bote al agua y se ponía a pescar esmeraldas con una pequeña red de las usadas para capturar quisquillas. ¿Cómo podía tener ganas de guerrear un país donde jamás existieron las cuentas ni las deudas, porque todo lo pagaba el lago?

El capitán, convencido al fin de la inutilidad de sus provocaciones, puso la proa de su belicismo hacia otros objetivos. No le era posible fomentar el descontento del pueblo, porque el pueblo de Vulcania estaba más contento que unas pascuas. No podía tampoco encender la simbólica antorcha de la revolución, porque todas las maderas del país eran verdes, jugosas e incombustibles. Felip había creado un pequeño paraíso para sus vasallos. Y ellos no querían perderlo a cambio de una mísera manzana, como el gamberro de Adán.

Y el torvo oficial se mordía los puños de impotencia, hasta ensangrentarse los nudillos. Sufría por haber nacido lobo en un rebaño de ovejas. El coronel de su regimiento,

que aprendió la poca estrategia que sabía jugando al ajedrez, murmuraba para su capote:

—Este oficial nos dará algún día un disgusto gordo.

Y vaya si lo dio.

Después de cavilar mucho tiempo, el capitán llegó a la conclusión de que existe un medio infalible para soliviantar a un pueblo feliz: ofrecerle una felicidad mucho mayor. No falla nunca: el campesino propietario de una hectárea, apoya a quien le ofrece dos; el hidalgo con título de duque, pone su espada al servicio de quien le promete añadir un «archi» a su ducado; hasta los millonarios, que, como su nombre indica, suelen tener muchos ahorros, cambian de casaca sin esfuerzo con tal de añadir a su fortuna las apetitosas rosquillas de unos cuantos ceros más.

Empleando esta táctica, tan vieja como el mundo, inició Voraz su labor de zapa para abrirse camino hasta el Poder. Sus primeros prosélitos fueron dos tenientes, a los que prometió ascender a coroneles si el movimiento triunfaba. Estos tenientes catequizaron a cuatro alféreces, garantizándoles que serían comandantes. Los alféreces, a su vez convencieron a ocho sargentos asegurándoles el ascenso a capitanes. Y los sargentos, por último, inscribieron en la conjura a dieciséis soldados. A éstos no hizo falta prometerles nada, porque la gente humilde es la única que se mueve en los movimientos de buena fe, sin más fuerza motriz que el soplo de los ideales.

—Nosotros les damos nuestra vida gratis —fue el pacto que hicieron los guripas con los rebeldes—, pero ustedes tienen que darnos a cambio un ideal.

—No os preocupéis: habrá ideales en abundancia para todos. Pero ya los pensaremos más adelante, porque ahora tenemos que ocuparnos de cosas más urgentes.

—Ni hablar —se obstinaron los soldados con la tenaz terquedad de sus intelectos primarios—: o nos dan los ideales por delante, o tendrán que sublevarse con su tía.

Viendo que no cedían en su obstinación, los oficiales comunicaron a Voraz la actitud de las tropas.

—Mi capitán, dicen los soldados que o les damos ideales, o nanai.

—¡Qué fastidio! —gruñó el jefe mordisqueando su pipa y partiéndola en dos—. ¡Todo eso es culpa de Juan Jacobo Rousseau, que calentó las cabezas populares, duras como pucheros! ¿Y cuántos ideales quiere esa chusma?

—Depende: se conformarían con uno si fuera grandecito, o con dos más pequeños.

—Decidles, por ejemplo, que vamos a libertar el suelo patrio de la bota extranjera. Eso siempre suena bien.

—Lo malo es que en Vulcania no hay ni una sola bota extranjera —objetaron los oficiales.

—¿Cómo que no? —repuso el capitán—: en el Hotel Balsar se hospeda desde ayer un turista inglés.

—Pero usa zapatos.

—Entonces no sirve —caviló el cabecilla—. Diremos sencillamente que nuestro ideal es defender los derechos del hombre.

—¿De qué hombre?

—De mí, claro —concretó Voraz—. El hombre simbólico de las revoluciones izquierdistas, cuyos derechos se lanza el pueblo a defender, es siempre el individuo que manda el jaleo.

Transmitieron el ideal a los dieciséis reclutas, los cuales dijeron que bueno.

—No es una gran cosa —comentaron—, pero para morir cualquier paparrucha sirve.

Y empezaron a bruñir sus bayonetas para cuando llegara el momento de echarse a la calle. Gracias a ellos, en las letrinas del cuartel aparecieron letreros que decían: «¡Biban los derechos del onvre!» Lo cual intrigaba mucho a los soldados ajenos a la insurrección, porque ninguno entendió quién demonios era ese «onvre» cuyos derechos tenían que «bibir».

El príncipe, que no sospechaba el ambicioso complot encaminado a destronarle, seguía en su trono gobernando con magnanimidad ejemplar. Hizo justicia con prudencia salomónica, quitando a los ricos lo suficiente para contentar a los pobres, sin disgustar a los ricos. Construyó un embalse en el norte del país, gracias a lo cual cesaron las molestas lluvias en aquel sector, tornándose el clima seco y saludable. Mandó cegar, en cambio, los pantanos del sur, con lo cual se intensificaron las precipitaciones en aquella zona, con incalculables beneficios para la agricultura. Tuvo, en fin, completo acierto en todas sus decisiones. Y por si tantas felicidades fueran pocas, el Ministro de Economía cerró el balance de aquel año con un superávit de cien mil goldonas. ¿Necesito explicar al culto lector que la goldona es una moneda vulcana de valor equivalente a la cuarta parte de un dólar?

Varios ministros, en su afán de adular a Felip, propusieron que ese superávit se destinara a la adquisición de un «chef» francés para las cocinas palaciegas. La sugestión fue aprobada por unanimidad —llámase «unanimidad» al cincuenta y uno por ciento de los votos—, y el príncipe la aceptó con la boca hecha agua.

Pero esta modestísima concesión en beneficio de la gastronomía principesca, que nada tenía de despilfarro, puesto que se pagó con la rebaba sobrante del presupuesto, fue el arma que le faltaba a Voraz para hostigar a la monarquía.

Toda rebelión injusta necesita un motivo concreto que la justifique a los cándidos ojos de las masas. No bastan los ideales inventados por los demagogos. Hace falta un hecho real que enardezca al populacho. Y el marmitón galo le vino al capitán como anillo al dedo (o como vaina al sable, frase que cuadra mejor a un militar). Contra el marmitón redactó unas tremendas octavillas impresas en papel rojísimo, mostrándole al pueblo como embajador de la corrupción que roía las patas del trono. Ilustraban estas hojas clandestinas

tinan unas grotescas caricaturas del príncipe (al que llamaban «Su Gordeza» en lugar de «Su Alteza»), devorando con gula pirámides de viandas preparadas por el culinario parisiense. Y al pie de los dibujos, se leían textos así de cariñosos:

«El estómago de la monarquía, vendido a la cocina francesa».

«¡Abajo el tragón y su marmitón!»

«Coma usted en Casa Beppo».

Esta última frase no era demasiado subversiva, e incluso tenía cierto matiz publicitario. Pero no hubo más remedio que admitirla, porque el dueño de la imprenta que editó las octavillas tenía también un restaurante. Y como no cobró nada por la edición, y las caricaturas del príncipe comiendo se prestaban a la publicidad gastronómica... Por muy revolucionario que sea uno, el negocio siempre es el negocio.

Esas octavillas, deslizadas de noche bajo las puertas de los pacíficos hogares begulenses, produjeron el resultado apetecido. Nada irrita tanto a la plebe, condenada por falta de medios a patata perpetua, como los excesos que se cometen en la mesa de los poderosos. Nadie había odiado a Felip hasta que Voraz caricaturizó su gordura, pintándole como un devorador de capones a dos carrillos. Sólo entonces comenzaron a oírse indignados puñetazos en los mármoles de los cafés y ásperas disputas en todas las tertulias. Algunos perdonaban al príncipe su apetito excesivo, pero no transigían, en cambio, con su cocinero francés. Consideraban una falta de patriotismo que despreciara la cocina nacional, entregando su nutrición a las salsurrias exóticas de un mercenario gabacho.

—¡Es un insulto a la patria que desdeñe nuestra rica «cazuela en erupción»! —bramaban los exaltados en los restaurantes típicos, blandiendo sus tenedores. (La «cazuela en erupción» es el plato cumbre de la cocina vulcana. Se prepara en grandes cazuelas con forma y diámetro de cráter,

dentro de las cuales va componiéndose un guisote espeso, picante y ardiente como lava de volcán).

De este modo, el ladino Voraz fue agrupando en torno suyo un ancho cinturón de partidarios. Los inocentes pucheritos del cocinero francés, agigantados por la imaginación popular, se convirtieron en diabólicas redomas donde se cocían filtros mágicos para afrancesar a la corte. Esta psicosis iba extendiéndose por todo el territorio, hasta el punto que un patriota, sin poder contenerse, gritó en plena calle:

—¡Muera Napoleón!

—Napoleón ya murió hace muchos años, tontín —le advirtió por lo bajo un transeúnte que entendía de gente antigua.

—¡Pues que se muera otra vez!

Poco después, las hojas clandestinas comenzaron a llamar al príncipe «el Afrancesado». Y cuando a un príncipe se le empieza a llamar así, ya puede ir haciendo las maletas porque es señal de que van a cargárselo. Pero Felip no las hizo. Aunque iban llegando a sus oídos rumores de la agitación, conservó la serenidad fiando en que se impondría por sí mismo el buen sentido de sus compatriotas.

—Advierto a Su Alteza que la cosa se está poniendo feúcha —le informó el ministro de la Paz, ya que en Vulcania no existía Ministerio de la Guerra.

—No será para tanto —sonreía bondadosamente el egregio fofo—. La mayoría del pueblo me quiere, porque le he guiado con tolerancia y generosidad. No lo digo por presumir —añadió presumiendo—, pero la verdad es que gobierno de rechupete.

—Nadie lo duda, Alteza —aduló el ministro temiendo quedarse sin cartera—. Pero también el pueblo quería a María Antonieta, y recuerde Su Alteza cómo acabó: «¡juik!».

Y al decir «¡juik!», sílaba que expresa con bastante claridad el ruido que hace una cuchilla al cortar un pescuezo, el ministro se trazó un imaginario tajo en el cuello con un de-

do. Ademán demasiado gráfico, que a Su Alteza no le hizo ninguna gracia.

—¿Tan grave es la situación? —preguntó con un ligero temblorcillo en su cuarta papada.

—Lo será si no actuamos con rapidez. En toda la prensa comienza a observarse cierta chacota.

—¿Qué quiere usted insinuar? —interrogó el regio gordinflas, inquieto.

—Que los periódicos se están dejando influir por los panfletos revolucionarios, y aluden en tono de mofa al tonelaje de Su Alteza. Y reírse de un régimen, es señal de que ya no se le respeta.

—Tiene razón —reconoció Felip preocupado, tamboreando en su panza—. ¿Y cómo podemos cortar esos brotes de insolencia periodística?

—Implantando la censura.

—Pero los periódicos protestarán.

—¿Y qué? Como la censura ya estará implantada, tacharemos todas las protestas que intenten publicar.

—Eso sería limitar la libertad de pensamiento.

—No, porque la gente puede seguir pensando lo que quiera. La única diferencia será que no podrá decir en voz alta lo que haya pensado.

—Está bien —cedió el real adiposo—: implantemos la censura.

Y a partir de aquel día, un ejército armado de lápices rojos podó sin piedad las galeradas de los diarios. Todas las pruebas de imprenta llegaban a las redacciones sangrando por infinitas tachaduras. Había artículos que sufrían tantas estocadas de los punzantes lapiceros, que morían convertidos en una pura llaga. Otros volvían con amputaciones de algún párrafo, y eran como esos soldados que aún visten de uniforme pero que ya no sirven para combatir porque les falta un brazo o una pierna. Cualquier mención de la gordura o la cocina francesa, era suprimida radicalmente por si encerraba alguna alusión indirecta al gordo reinante.